

Homilía Te Deum - 18 de septiembre de 2021

Iglesia Sagrado Corazón de Jesús de Puerto Varas

Construyamos sobre roca

Estimadas autoridades civiles, militares y de orden, hermanas y hermanos en el Señor:

Hace un año celebramos el solemne *Te Deum* por un aniversario más de nuestra independencia como nación, en la Catedral Metropolitana de Puerto Montt totalmente vacía, sin autoridades de ningún tipo ni tampoco con miembros de nuestras comunidades. Nos encontrábamos en medio de la larga cuarentena de casi cuatro meses que se tuvo que aplicar en nuestra Región para enfrentar la pandemia del covid-19 y sus consecuencias no sólo en el ámbito sanitario, sino también económico, social e incluso psicológico. Fue un *Te Deum* inédito, pero no por eso menos real.

Hoy, la situación ha cambiado notablemente. Los índices de contagios y fallecimientos por el covid-19 han descendido fuertemente, gracias a una exitosa campaña de vacunación y a las medidas de autocuidado que una parte importante de la población aplica responsablemente. Por eso, podemos reunirnos en esta Iglesia parroquial, aunque sea con un aforo limitado, para elevar a Dios nuestra acción de gracias por un aniversario más de nuestra independencia. No se trata sólo de hacer un recuerdo de hechos que ocurrieron hace más de dos siglos, o de cumplir una simple ritualidad. Se trata de conmemorar los acontecimientos que hicieron posible que Chile sea una nación independiente en búsqueda de nuevos caminos de prosperidad y armonía entre todos sus habitantes. Lo hacemos en la ciudad de Puerto Varas para favorecer la cercanía de este momento de gran significación religiosa y espiritual con el posterior desfile militar.

Agradecemos la asistencia de autoridades civiles y militares, así como también la presencia de pastores luteranos, hermanos en la fe en Jesucristo el Señor. También agradecemos a hermanos y hermanas que han venido a participar en este momento de oración y por todos aquellos que han colaborado con su tiempo y talento para llevar a cabo esta acción de gracias al Dios único y verdadero, en este día de nuestra independencia.

1. Una pandemia omnipresente

Tal vez alguien podría preguntarse si tiene sentido dar gracias a Dios en medio de lo que hemos vivido con la pandemia. Tenemos que lamentar efectos enormes en nuestro país, como también en otras naciones del mundo entero. Con dolor en Chile contamos más de 37.000 fallecidos, cuyos familiares todavía los lloran con

tristeza; hemos tenido más de 1.600.000 contagiados, la pérdida de 2.000.000 de puestos de trabajo, que de a poco se han ido recuperando. Los efectos en el tejido social, producto del aislamiento y de las justificadas medidas de resguardo sanitario, también son enormes, especialmente en los adultos mayores, que han tenido que permanecer en sus casas, y en los niños, niñas y adolescentes que por muchos meses no han podido concurrir a los establecimientos educacionales para estudiar, aprender y socializar con sus coetáneos. Todo esto ha provocado también graves consecuencias en la salud mental de mucha gente, de manera que han vivido estas circunstancias con angustia, tristeza, desánimo e incluso terror. Todo esto no nos puede dejar indiferentes.

2. Dar gracias a Dios por su presencia

No obstante la gravedad de la crisis sanitaria provocada por el pequeño coronavirus, en los momentos en que más nos hemos visto exigidos y puestos a prueba, de igual forma hemos visto y constatado cómo también aflora lo mejor de mucha gente de nuestro país. Son innumerables los ejemplos de trabajadores de la salud, de la educación, de organismos públicos, de grupos privados, asociaciones, fundaciones, iglesias y confesiones religiosas de distinto tipo que con gran generosidad han realizado acciones y gestos destinados a ayudar a los que más han sufrido los efectos de la pandemia.

¿Cómo no dar gracias a Dios por los cientos y miles de médicos, enfermeras, tens y auxiliares de la salud que día y noche han estado dedicados a aliviar los dolores y a cuidar a quienes están sufriendo los embates de esta enfermedad?

¿Cómo no dar gracias a Dios por los cientos y miles de profesores y auxiliares de la educación que han tenido en breve tiempo que adecuarse a nuevas exigencias para continuar con la educación de niños, niñas y adolescentes?

¿Cómo no dar gracias a Dios por los cientos y miles de voluntarios que a lo largo de nuestro país se han desplegado para multiplicar la solidaridad, para acompañar a los que están solos o simplemente para tender la mano a quien lo necesita?

¿Cómo no dar gracias a Dios por los cientos y miles de funcionarios del Estado, de municipalidades, de las Fuerzas Armadas y de Orden que se han exigido al máximo para responder en las actuales circunstancias para que los servicios y equipos de apoyo lleguen a los que más lo necesitan?

Y así podríamos seguir con una lista infinita de personas y actividades que durante la pandemia han aportado con su grano de arena para que la podamos sobrellevar de la mejor forma posible. Desde los ojos de la fe, los creyentes sabemos que detrás de la nobleza y generosidad de tantos, se encuentra la acción del mismo Dios quien sigue visitando a su pueblo. Como dice San Pablo: “todo cuanto

hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud o valor, ténganlo en aprecio” (Fil 4,8).

3. Retomando nuestros sueños

No todo lo que hemos vivido este último tiempo tiene que ver con la pandemia, si bien, como sabemos, ha sido ciertamente la realidad que más ha condicionado nuestra vida. Estamos también inmersos en un proceso transformador de grandes proporciones en nuestro país. Desde el año 2019 la vida social se ha tensionado de manera considerable; nuevos horizontes, reclamos y expectativas se han planteado y creado. No siempre hemos sido capaces de verbalizar o tematizar a lo que aspiramos. Muchas veces de manera irreflexiva andamos buscando culpables o con ligereza responsabilizamos a quienes pertenecen a bandos distintos a los nuestros. O bien, expresiones de violencia e intolerancia se han apoderado de algunos que piensan que así podrán hacer valer sus reivindicaciones.

Con todo, un clamor se levanta en nuestra patria; un deseo compartido, un sueño que aspiramos a que se haga realidad recorre Chile entero, de norte a sur. En cierta forma, todos aspiramos a una patria más integrada, fraterna, participativa, cordial, justa y en paz, en la que se respete la dignidad de toda persona humana y también los distintos puntos de vista de los ciudadanos; que nadie sienta temor de ser descalificado o “funado” por dar su opinión sobre el pasado que vivimos, el presente que experimentamos o el futuro que construimos. En la que nadie vea sus legítimas aspiraciones de desarrollo truncadas por el sólo hecho de haber nacido en un lugar o familia sin los recursos y contactos de otros. En la que vayamos construyendo una economía sustentable, respetuosa del medioambiente y de los ecosistemas para que las generaciones futuras puedan disfrutar de ellos como hoy lo hacemos nosotros.

Tal vez hemos construido una sociedad que ofrece mucho, pero apoya poco. Vemos grandes oportunidades y ofrecimientos de bienes y servicios, pero cuando alguien pierde su trabajo, cae enfermo o le ocurre algo que le impide acceder a esos bienes y servicios, muchas veces queda en la indefensión, aumentando sus grados de vulnerabilidad. No son pocos los connacionales que van quedando a la vera del camino y se sienten descartados simplemente por no poder responder a las exigencias de la sociedad, o por pertenecer a alguno de los pueblos originarios, o por carecer de redes familiares que vengán en su auxilio. Expresión de esto, es el aumento de campamentos con viviendas de emergencia que están surgiendo en todo Chile.

4. Cauces de participación

Para responder y encauzar estas búsquedas y anhelos más profundos que están en el pueblo de Chile, por una parte, hemos continuado con los procesos de cambio de nuestras autoridades y que corresponde realizar en toda sociedad democrática cada cierto número de años. En efecto, durante este año 2021 un grupo importante de autoridades civiles serán elegidas. Esto exige de todos los ciudadanos un significativo esfuerzo de discernimiento para ver por quien votar. Lamentamos que el desencanto de la política haya producido en muchos la decisión de no participar en elecciones que son muy relevantes para nuestro país. Esperamos que en las sucesivas elecciones haya una vuelta del electorado a las urnas para que exprese su opinión.

Pero, por otra parte, fruto del acuerdo por la paz y la nueva constitución del 15 de noviembre de 2019, los chilenos hemos iniciado un proceso inédito para redactar una nueva Constitución Política de la República y de esta forma encauzar las búsquedas y expectativas que muchos connacionales expresaron en las semanas precedentes. Estando ya en funciones la convención constitucional, un desafío enorme se presenta ante el país y especialmente ante los constituyentes elegidos para este mandato. Es cierto que la actuación y planteamiento de algunos constituyentes han suscitado profunda perplejidad e inquietud en muchos chilenos. Pero somos conscientes de que, si bien es cierto es una tarea difícil, también es cierto que es posible. Nuestra esperanza la depositamos en ellos, para que puedan llevar a cabo este mandato de la ciudadanía. Los apoyamos con nuestra oración de manera que el Espíritu de Dios los ilumine en esta tarea compleja y esperada por todos.

5. Construyendo sobre roca

Toda obra humana ha de apoyarse o construirse sobre fundamentos sólidos. Los chilenos sabemos, por nuestra abundante historia de terremotos, tsunamis, incendios y otras tragedias de la naturaleza, que un edificio tiene que estar construido sobre cimientos que den seguridad.

De esto hablaba Jesús de Nazaret en el texto del evangelio que acabamos de escuchar. Es un fragmento que se encuentra al final del Sermón del Monte que Jesús pronuncia ante sus discípulos en los capítulos 5to. al 7mo. del evangelio según San Mateo. Es un llamado a acoger su palabra desde el corazón para que se transforme en fundamento de la vida. No basta con decir “Señor, Señor”, es decir, hacer una simple vocalización del nombre de Dios, sino que más bien invita a acoger la voluntad de Dios para ponerla en práctica como auténtico fundamento de un modo de vida.

Por esta razón, Jesús usa la imagen de la construcción sobre roca en contraposición a la construcción sobre arena. La primera, la construcción sobre roca, es capaz de soportar los embates del clima como tormentas, aluviones, vientos y lluvias, de manera tal que se mantiene en pie a pesar de las inclemencias del tiempo. En cambio, la segunda, que se construye sobre arena, es incapaz de mantenerse en pie ante los embates de los fenómenos atmosféricos; cuando estos arrecian, termina desplomándose porque simplemente no tiene cimientos sólidos.

Este es el desafío de la convención constitucional: ser capaces de construir sobre roca para que las tensiones y embates existentes en la sociedad, que no faltan en nuestro país, no vayan minando los cimientos de la nueva constitución, sino que sea suficientemente representativa de todos los chilenos.

¿Y cuáles deberían ser esos fundamentos sobre los cuales redactar una constitución sólida? Son los mismos que subyacen en los sueños y aspiraciones de los chilenos y que Jesús nos propone como camino hacia el Reino de Dios. Tienen que ver con la capacidad de comprendernos mutuamente y de aceptarnos como somos, de sentirnos parte de un proyecto común y fraterno que no discrimine ni excluya, que valore y proteja la dignidad de todos los seres humanos desde su concepción hasta su muerte natural, que ponga como norte el bien común por sobre las aspiraciones personales y sectoriales, que trabajemos por el entendimiento y no caigamos en el enfrentamiento, que pongamos al centro las necesidades de los más pobres y vulnerables y nos preocupemos realmente de ellos, que la salud y la educación sean accesibles a todos, que se resguarde el derecho preferente de los padres a educar a sus hijos de acuerdo a sus convicciones y creencias, que los creyentes puedan cultivar y expresar su fe de manera pública. En fin, que todos y todas nos sintamos respetados y protegidos y que, a su vez, respetemos y protejamos a los demás.

6. Palabras finales

Al concluir estas palabras, no quisiera pasar por alto a aquellos que han fallecido producto del covid-19, haciendo un sentido recuerdo de cada uno de ellos. Más de 37.000 habitantes de nuestras tierras han perdido la vida en este año y medio de pandemia. Detrás de cada uno, está el recuerdo y el dolor de sus familiares y seres queridos. Ha sido terrible para muchos no poder despedirlos o al menos asistir a su funeral. Por eso, traemos a la memoria a cada uno de ellos y elevamos nuestra oración a Dios Todopoderoso por su descanso eterno y por el consuelo de sus deudos. Los que han partido nos enseñan que la vida humana, nuestra vida, es frágil, débil, susceptible de ser destruida. Por eso, necesitamos componer y recomponer nuestra relación con el Dios creador que da sustento y apoyo a nuestra frágil condición.

El mismo Dios de la Vida nos bendiga y aliente en nuestro caminar como nación que busca nuevos horizontes. Que Él sea la fuente de inspiración de nuestras búsquedas y que nos alimente con su sabiduría y bondad, para conocer y hacer siempre el bien.

Que así sea.

+ Fernando Ramos Pérez
Arzobispo de Puerto Montt